

...AHORA EN ESPAÑA

Un «clásico»
de la literatura moderna

JOSEPH KESSEL

con
la más importante
de sus obras:



LA FUENTE DE MEDICIS

sensacional primera parte
de

EL CUARTETO DE PARIS (Le tour du malheur)

Por la violencia de las situaciones, así como por la pintura de un mundo —la Francia de la Gran Guerra y de la década de los 20— es esta la obra maestra de Kessel novelista. Veinticuatro años después de su publicación «El cuarteto de Paris» aparece como una revelación doble: novela esencial de mediados del siglo XX y libro de memorias, reales e imaginarias, de la agitada y aventurera vida de Kessel.



EDITORIAL
POMAIRES S.A.

Santiago de Chile / Buenos Aires / México / Barcelona

«Antología de la poesía soviética»

Si hay un suceso en la historia contemporánea del que puede decirse que consiguió arrastrar a toda una pléyade de creadores de temperamentos y personalidades, sin embargo, absolutamente dispares, ese suceso fue, sin duda, la revolución bolchevique de 1917.

Cobró de pronto tal impetu la corriente de la historia, que había que estar muy fuertemente amarrado a la roca de la tradición para resistir su empuje. Ni siquiera lo consiguió un espíritu tan profundamente conservador y vuelto hacia las esencias de su patria rusa, un nostálgico tan genuino de un modo de vida, el rural, condenado a desaparecer bajo el hacha implacable del progreso, como Serguei Yessenin. El mismo reconocía, sin embargo, con una sinceridad que resulta emocionante, su propia incapacidad para marchar a grandes zancadas, como un Mayakovski, por la senda recién inaugurada de la Revolución: «Cuando intento alcanzar/a las huestes de acero, me quedo con un pie en el pasado, con el otro resbalo y caigo al suelo».

Lo que no impide que el mismo poema acabe con esta patética y significativa exclamación: «¡Qué ganas tengo/de remangarme los pantalones/y echar a correr tras del Komsomol!».

Ocurrió —y esto explica los traumas, desengaños, deserciones y hasta suicidios que jalonaron la década siguiente— que cada poeta interpretó aquellos acontecimientos según su peculiar idiosincrasia, de acuerdo con su particular visión del mundo. Sólo muy pocos supieron ver con lucidez el sentido político de la revolución bolchevique.

Otro caso especialmente ilustrativo al respecto es el de Alexander Blok. Para el espí-

ritu mesiánico de este gran simbolista, los sucesos de 1917 significaban ante todo el derrumbamiento definitivo del viciado humanismo occidental y el comienzo de una nueva era que había de caracterizarse por el triunfo del espíritu de la música unido a una resurrección del cristianismo incontaminado de la Biblia. Véase, por ejemplo, el sorprendente final de su poema revolucionario «Los doce»: «Y delante de ellos con bandera roja/invisible en nieve de albos de alas, inmune a las balas, andando en el aire con un paso leve, llevando un tesoro de perlas de nieve/coronas de rosas que jamás se han visto, delante de ellos marcha Jesucristo».

La identificación del futurista Mayakovski con la revolución de 1917 fue, por el contrario, absoluta y libre de equívocos. Agitador nato, con una inigualable capacidad retórica, épico y lírico, tierno y sarcástico, infatigable experimentador de ritmos y metros, creador de siempre sorprendentes metáforas, Mayakovski fue el auténtico vocero de la Revolución, y junto con el también poeta y teórico Jlebnikov, iba a ejercer una tremenda influencia en toda la poesía

posterior en lengua rusa. De esa poesía que cabe también calificar de «soviética», aunque este término tenga un radio de aplicación mucho más amplio, ya que en la URSS se hablan, si no me equivoco, más de ciento diez lenguas distintas, la editorial Júcar nos ofrece ahora un testimonio en forma de antología.

Partiendo de aquella fase fundacional, de auténtico fervor creativo, y en la que coexistieron, en abierta y fructífera competencia, todo tipo de ismos —futurismo, acmeísmo, simbolismo, constructivismo— representados por poetas de la talla de Mandelstam, Ajmatova, Aseyev, el joven Pasternak, etcétera, aparte de los antes nombrados, la poesía soviética ha pasado, en lo que va de siglo, por toda una serie de peripecias: una primera etapa de reacción, coincidente más o menos con el suicidio de Mayakovski (1930), y marcada por las acusaciones de «idealismo» y «formalismo» de que fueron objeto algunos de los creadores más brillantes del período inmediatamente posrevolucionario, a la vez que por el triunfo de la doctrina del realismo social; paréntesis de la segunda guerra mundial caracterizado por un

cierto relajamiento de la disciplina artística y una mayor espontaneidad creativa: la realidad puede en esos momentos más que cualquier «diktat»; nuevo en endurecimiento tras el fin del conflicto: política cultural de Jdanov, totalmente castrante, a la que pone fin el nombramiento de Jruschov como primer secretario —1953— y su posterior acceso a la presidencia del Consejo de Ministros —1958—, fecha en que se inicia una etapa liberalizadora, no sin altibajos, en la que saltará a la palestra una nueva generación caracterizada por una sincera preocupación ética, a la vez que por un abandono de las fórmulas impuestas, y cuyos representantes más destacados serían Yevtushenko y Vosnesenski, ambos nacidos en 1933.

Debido al especial carácter de la antología cuya aparición ha motivado estas líneas, difícilmente encontraremos en ella un reflejo suficientemente claro de las crisis individuales y colectivas que se pueden detectar en la poesía soviética de estos años. Al final de su prólogo, el recopilador explica: «Sólo he tratado de señalar algunos de los rasgos característicos de la poesía sovié-

